

CUANDO LOS HOMBRES SE MULTIPLICAN

A propósito del "Problema del exceso de población", Robert Caughlan, redactor de *Life*, 22-II-60 explota intencionadamente el argumento matemático, según el cual, de persistir el actual crecimiento de la población mundial, dentro de no muchos siglos no podrá subsistir ni la civilización occidental ni la democracia, y la vida será imposible en la Tierra.

Cita las palabras del Dr. Harrison Brown, del Instituto de Tecnología de California:

"A este paso, dentro de 730 años los seres humanos cubrirían toda la superficie terrestre del planeta, y se hallarían tan apretados que lo más que cada persona podrá poseer como promedio, será un palmo de terreno (...).

Se impone pues, según la célebre frase de Julián HUXLEY: "un control de natalidad, en escala mundial y cuanto antes".

Robert Caughlan expone diversas soluciones de tipo materialista, hace referencia a las dificultades que puedan encontrar en las diferentes religiones y **expone el punto de vista católico**. Termina recordando los esfuerzos que las Instituciones Rockefeller y Ford dedican a solucionar este problema y expone las investigaciones del Dr. Warren NELSON que cree se encontrarán no uno sino varios métodos aceptables, "tal vez en cinco años, y casi seguro antes de diez".

Crisis del artículo

Tres defectos fundamentales tiene el artículo de Robert Caughlan:

1. Plantea tendenciosamente el problema del crecimiento demográfico y consiguientemente la solución elegida —el control artificial de los nacimientos— no es realista ni moral.

2. Expone la doctrina católica de forma incompleta y deformada.

3. Causa una verdadera confusión en el lector al citar testimonios tan dispares como los de Pío XII y Julián Huxley. La ideología evolucionista materialista de este último es clave para valorar su testimonio en pro del control artificial de nacimientos.

Planteamiento tendencioso

El problema del crecimiento mundial de la población no cabe duda que es serio. Debe plantearse en todos sus diversos aspectos. El argumento matemático, utilizado por R. Caughlan unilateralmente, presenta el problema como un mero ejercicio de multiplicaciones y progresiones. Y esto es tan falso como calcular el tamaño de una persona a base del volumen de los alimentos ingeridos día tras día.

Pero hay más. Robert Caughlan tacha de "poco realistas" a las soluciones verdaderamente humanas, moralmente válidas, y esto hace que los lectores de *LIFE*, a no ser que posean una sólida formación moral y crítica, lleguen a convencerse de que la única solución "realista" del problema demográfico es el control artificial de los nacimientos.

Por otra parte es curioso observar las diferentes reacciones que provocan unas mismas estadísticas en diferentes ideologías.

Mientras muchos organismos y autoridades principalmente occidentales, juzgan que el control artificial "constituye para las masas miserables un beneficio económico infinitamente más elevado que todo lo que los grandes bienhechores de la humanidad les podrían aportar en este terreno" (1), la China comunista cree que un aumento de población como el suyo representa un aumento de capital y mano de obra necesario para la edificación del estado socialista.

Y tal vez las dos soluciones al enfocar el mismo problema, han perdido el verdadero punto de vista antropológico. No hay derecho ni a hacer del hombre libre una pieza de la máquina socialista mediante el trabajo forzado y la negación de los más típicos valores humanos, ni hay derecho a perturbar y desnaturalizar al hombre con una propaganda injusta, en las raíces mismas de su ser, en el dominio íntimo de su sexualidad. No hay derecho a destrozar la absoluta inviolabilidad del hombre ni en su naturaleza ni en su persona, ni en su ser ni en su existencia.

El cristiano, con fe en un Dios personal, Padre de los hombres y Supremo Moderador de un mundo de personas libres que evolucionan libremente, reconoce la existencia del problema demográfico. Tenemos obligación de prever el futuro.

Si la cooperación libre del hombre al mandato bíblico de crecer y multiplicarse no es la ley de la jungla, pasión irresponsable e incontrolada, sino pasión dirigida por el corazón y la razón,, es perfectamente admisible una regulación verdaderamente humana de la fecundidad.

Así la contradicción antes expuesta marxista-malthusiana se convierte en oposición dialéctica, constructiva, al subordinarse a la ley natural, al carácter antropológico del problema.

En este sentido, siendo humana la regulación de la fecundidad, no engendra el espíritu de esterilidad; por el contrario aumenta entre quienes la practican el sentido de amor y caridad, presto a emplearlo en el sentido de la creación económica, al servicio de todos. Porque es necesario mucho desinterés, amor y espíritu de sacrificio para lanzarse a la batalla de la producción, allí donde la vieja economía liberal individualista inculcaba a los privilegiados un espí-

(1) G. H. Bousquet, "De la nécessité et possibilité d'une politique anticonceptionnelle en Algérie", en *Le Développement Africain*, Alger, oct. 1958.

ritu de esterilidad, ávido de evitar a toda costa el penoso compartir de los bienes materiales y espirituales (2)

¿Es esta posición una utopía? De hecho responde a la significación del hombre sobre la tierra. Implica una actitud religiosa hacia Dios, amado en los demás hombres viadores que comparten nuestro destino. Es la única solución del hombre cristiano conocedor de su destino sobre la tierra y escrutador de los insondables misterios de Dios Creador que hizo al hombre "a su imagen y semejanza" (3)

Rechazamos las soluciones materialistas, marcadamente ateas, bajo signo marxista o malthusiano, porque no son caminos de Dios. Nosotros confiamos en El y buscamos una solución conforme a su Ley. Reconocemos que muchos hombres no piensan así, pero preferimos la solución auténtica, la verdaderamente humana, de acuerdo con la ley natural y la ley de Dios.

El control de nacimientos practicado artificialmente, se asemeja a aquel Ayuntamiento del cuento que para equilibrar la producción de sombreros de la industria local con la población demasiado numerosa de la villa, decretó reducir el número de cabezas al número de sombreros. Más inteligente hubiera sido elevar la producción de sombreros y dejar indemnes sobre sus hombros las cabezas de tan honorables ciudadanos.

Gracias a Dios, no todos los estudiosos son tan pesimistas como los agoreros citados por Robert Caughlan. Según el economista británico Colin Clark, si se cultivase todo el territorio útil del mundo con una técnica avanzada como la de los agricultores holandeses, se podría sustentar actualmente 2'8 billones de personas.

Las praderas norteamericanas, que hace doscientos años albergaban tan sólo 500.000 indios, podrían haber sido calificadas de superpobladas por un malthusiano que las contemplase improductivas. Hoy viven en ellas más de 173 millones de habitantes, con excedentes de producción, a pesar de que sus campos se mantienen en estudiada producción más baja que su capacidad. Quien aterrado por la "explosión de población" hubiera escogido la solución fácil de limitar los nacimientos por medios ilícitos, e impedir la inmigración, no hubiera sido ciertamente un hombre realista.

Por otra parte las conquistas de la era atómica y de las exploraciones espaciales abren un insospechado mundo de posibilidades a nuestro viejo mundo, sólo en parte gastado.

Exposición deformada de la doctrina católica

Francamente ignoro la fe religiosa de Caughlan. Quiero pensar bien y dar por su-

(2) STANISLAS LESTAPIS, S. J., "Crise de surpopulation mondiale? Previsions et reactions", Revue d'Action Populaire, 127 (Avril 1959), pags. 439-442.

(3) Gen 1,26

puesta su buena voluntad. El piensa que la doctrina católica es la que él expone, pues expresamente afirma que "en el caso de la doctrina católica hay una tendencia a interpretarla erróneamente". De hecho el pensamiento católico expuesto por Caughlan queda destrozado. Por eso juzgo necesario completar las citas de Pío XII y perfilar posiciones.

La Iglesia Católica reconoce la gravedad del problema. La confianza en Dios, ausente en absoluto de las mentes neomalthusianas, no mata la iniciativa personal ni el esfuerzo por solucionarlo. Y por eso aconseja en determinadas circunstancias graves la limitación de los hijos por los medios lícitos de la continencia total o periódica; los dos tienen sus contrapartidas y el segundo método no ofrece frecuentemente la seguridad deseada en esas graves circunstancias. Por esta razón "podemos esperar (y en esta materia la Iglesia se confía naturalmente al juicio de la medicina) que la ciencia conseguirá llegar a tener bases suficientemente seguras para la aplicación de este método, como parecen confirmarlo las investigaciones más recientes" (4).

No es exacto como dice Caughlan que "las diferencias entre el catolicismo y otras religiones es de método, no de principio". Para la solución de un problema por grave que sea no se puede violar la ley natural. Por eso en este caso la Iglesia no admite los métodos inmorales propuestos por R. Caughlan. Se da diferencia de método y de principio.

Es precisamente la esterilización directa o indirecta, el punto clave para juzgar la moralidad del control de la ovulación, que es el método más largamente expuesto en el artículo. No es cierto como afirma Caughlan que "la Iglesia no ha adoptado una actitud oficial". Léanse las siguientes palabras de Pío XII:

"Estos mismos principios (de la esterilización directa o indirecta) permiten también resolver una cuestión muy discutida hoy entre los médicos y moralistas.

¿Es lícito impedir la ovulación por medio de píldoras utilizadas como remedios en las reacciones exageradas del útero y del organismo, aunque estos medicamentos, al impedir la ovulación, hagan también imposible la fecundación? ¿Está permitido su uso a la mujer casada que a pesar de esta esterilidad temporal, desea tener relaciones con su marido? La respuesta depende de la intención de la persona. Si la mujer toma este medicamento no con vistas a impedir la concepción sino únicamente por indicación médica, como un remedio necesario a causa de una enfermedad del útero o del organismo, ella provoca una esterilización indirecta que permanece permitida según el principio general de las acciones de doble efecto. Pero se

(4) Pío XII, Alocución al Frente Nacional de Familias Italianas, 27 Nov. 1951.

provoca una esterilización directa, y en consecuencia ilícita cuando se impide la ovulación a fin de preservar el útero y el organismo de las consecuencias de un embarazo que no son capaces de soportar. Ciertos moralistas pretenden que está permitido tomar medicamentos con este fin, pero es una opinión equivocada. Es necesario igualmente rechazar la opinión de muchos médicos y moralistas que permiten su uso cuando una indicación médica hace indeseable una concepción muy próxima o en otros casos semejantes que no es posible mencionar aquí. En estos casos el empleo de medicamentos tiene como fin impedir la concepción o la ovulación, tratándose en consecuencia de esterilización directa" (5).

Según estas normas de Pío XII, ciertamente oficiales, aunque no solemnes, las medicinas que suspenden y regulan la ovulación hacen también imposible la fecundación. Esta esterilización será directa si se "pretende como fin o como medio hacer imposible la procreación"; será indirecta si se "pretende otro fin (curar una enfermedad, evitar trastornos cíclicos patológicos), y la esterilidad producida temporalmente se tolera solamente, aunque por otra parte cause alegría.

La esterilización directa nunca es lícita. La indirecta lo será cuando se pueda aplicar el llamado principio de totalidad o el de las acciones de doble efecto. Según el primer principio es lícito tomar medicinas o someterse a operaciones que sacrifiquen una parte del cuerpo, si el bien de todo el individuo requiere ese sacrificio a juicio de los médicos. Según el segundo principio, es lícita una acción que: 1) siendo buena en sí misma o al menos indiferente, 2) tiene dos efectos inmediatos e independientes (es decir que uno no sea causado por el otro), uno moralmente bueno y otro malo, y ello, a) si el agente persigue el efecto bueno, b) tolera solamente el efecto malo y c) tiene razón proporcionada a la gravedad de la acción para permitir el efecto malo.

Esta es brevemente la posición católica. Cada caso habrá de examinarse detenidamente para juzgar de su moralidad. El problema es algo más serio de lo se ha propuesto parcialmente el redactor de LIFE, R. Caughlan.

Confusionismo

Quiero destacar el confusionismo creado entre los lectores de LIFE al hacer referencia en tan graves problemas morales a testimonios que pueden desorientar a quien no tenga una profunda formación crítica. El testimonio de Julián Huxley, presentado por Robert Caughlan únicamente como director de la UNESCO, puede desorientar a los incautos que fiados de la cien-

cia y prestigio del sabio británico desconozcan su ideología.

Sir Julián Sorell Huxley, nacido en Inglaterra en 1887, es nieto del conocido biólogo materialista Thomas Henry Huxley. Profesor de la Universidad de Londres, autor de numerosos libros y secretario del Zoo de Londres, fue el primer director general de la UNESCO. Como miembro de la "Eugenics Society" tiene especial interés en los problemas de población. Cree que existe un límite "óptimo" de población mundial. Por debajo de ese límite el hombre no tendrá la oportunidad para el desarrollo de las ciencias y las artes. Por encima de ese límite, la vida se hará paulatinamente más molesta y las futuras generaciones se verán condenadas al hambre y al acortamiento de la vida.

Esto es cierto, naturalmente, desde un punto de vista exclusivamente materialista. El juego con las estadísticas es siempre peligroso. ¿Cuál es ese "límite óptimo" de que habla Huxley? ¿Somos nosotros los hombres "evolucionistas" como él gusta decir, los que podemos determinarlo? Si por hipótesis lo encontráramos ¿podríamos violar la ley natural y la ley de Dios para mantenerlo? Otra vez el problema fundamental: ¿cuál es el fin de la humanidad y el papel del hombre en el mundo? Y aquí es donde Sir Julián Sorell Huxley no nos puede dar ninguna seguridad en su punto de vista.

El día en que la Universidad de Chicago confería el grado de Doctor Honoris Causa en Ciencias a Sir Julián S. Huxley, su discurso fue una profesión de materialismo ateo. Llamó al mandamiento bíblico de crecer y multiplicarse, desastrosa para la especie humana y afirmó:

"El hombre evolucionista no puede refugiarse por más tiempo de su soledad pidiendo amparo en los brazos de una divinizada figura paternal que él mismo ha creado, ni escapar de la responsabilidad de tomar decisiones refugiándose bajo la sombrilla de la autoridad divina".

Después de leer esto ya no nos extraña el equivocado planteamiento de Huxley ni la propaganda del control artificial de natalidad. No podemos esperar que los sociólogos paganos basen sus deducciones en consideraciones sobrenaturales, pero sí que cuando un redactor de LIFE, como Robert Caughlan nos da la opinión de científicos materialistas a renglón seguido de la de Pío XII, nos diga sinceramente quién es cada uno.

Y sobre todo tenemos derecho a exigir que no se confundan ni mixtifiquen opiniones contradictorias ya desde el punto de partida y totalmente irreconciliables en el método y en los principios fundamentales.

SANTIAGO IZUZQUIZA, S. J.

Nota.—Este mismo tema, tan interesante, desde distintos puntos de vista, fue tratado en SIC en Enero y Abril del año pasado: "La limitación de Nacimientos y los países subdesarrollados" y "Limitación de la Natalidad: posiciones doctrinales".

(5) Pío XII al Congreso Internacional de Hematología, 12 Sep. 1958, AAS, 50 (1958) 732-740 y Ecclesia núm. 899, 4 oct. 1958.